

conciencia humana. De los sofistas nació Sócrates, de los gnósticos y los esenios Cristo, de los nominalistas y los realistas Lutero, de los excépticos y de los jansenistas la Convención francesa. La corrupción de hoy es la semilla que se pudre en la tierra, más para dar de sí el árbol de la libertad. No repitamos la palabra de Bruto, al hundirse la espada en el corazón sobre el desolado campo de Philippos, en la última noche de la República: la

virtud es un nombre vano. ¡Oh! no. Cuando por ella nos hemos visto arrancados de nuestros hogares, desalojados de nuestras cátedras, perseguidos como fieras por los mismos que persiguen á los criminales hasta en la tierra del destierro, consolémonos con creer que no nos hemos sacrificado por la muerte, consolémonos con creer que existe el sagrado objeto de tanto amor y de tantos dolores; la virtud de la libertad.

## CAPITULO LXIX.

### UNA REVOLUCION PACIFICA.

El Congreso de la paz no estaba tan lejos de la realidad cuando Europa presenciaba en aquellos años el espectáculo de una revolución pacífica llevada á cima por la prudente y mesuradísima Inglaterra.

La poderosa Iglesia anglicana, que por espacio de tres siglos ha dirigido la conciencia de este gran pueblo; que ha entrado vencedora bajo los agudos arcos de Westminster levantados en la Edad Media á la fé católica, cuyos reflejos todavía se descubren por aquellas místicas ogivas; que ha construido, como rival de San Pedro de Roma, su majestuosa basílica de San Pablo, para abrigar gerarquías de obispos y de sacerdotes más ricos y más poderosos que los clérigos católicos del continente; esa Iglesia que ha visto á la gran ciudad de Londres lanzarse á las llamas y arder en un incendio infinito por conservar su intolerancia, será hoy expulsada de Irlanda en nombre de los derechos de la conciencia humana, y mañana, en plazo más ó menos breve, separada del Estado británico, en nombre de la libertad y de la justicia.

Pensad, pensad un momento, vosotros, los dedicados de antiguo al titánico trabajo de abrir surcos en las inteligencias para sembrar las ideas; pensad en los prodigios de reflexión, que necesita un protestante, educado en estos hogares, tan sombríos como una fortaleza, tan severos como un templo, para levantarse animosamente sobre su educación, y tender la mano á los eternos enemigos de su fé y de su raza, á los celtas oprimidos y oscuros, á los católicos de Irlanda. Y esta revolución, que es profundamente constitucional, porque la constitución británica reposa en la confusión de la Iglesia y del Estado; que es profundamente religiosa, porque la Iglesia anglicana descansa en el reconocimiento del privilegio de su dogma sobre los dogmas católicos; y que es profundamente social, porque va á disolver propiedades acumuladas por los siglos; esta revolución, cuya trascendencia no cabe ni en el ilimitado seno del pensamiento humano, tiene de su parte á esa grande asociación liberal de Inglaterra, compuesta en su mayoría de comerciantes

que saben unir á los cálculos matemáticos de sus atrevidas operaciones, el culto espiritual de las ideas.

La superstición combate esta reforma usando los mismos argumentos que contra la libertad usan todos los reaccionarios del mundo. Yo creo estar en sueños allí entre los neo-católicos. Un protestante fanático sostiene la célebre teoría de no sé cuál de nuestros más célebres reaccionarios; dice que no se puede tratar ni contratar con los católicos, porque no son hombres de bien los que no profesan la religión protestante. Guerra á los jesuitas, á los papistas, á los enemigos de la patria, á los traidores, á los que quieren perder la nación, á los que se han conjurado contra la grandeza británica; guerra á muerte á los reformistas.

La pasión de uno y otro lado es intensa, calurosísima. ¿Concebís algo que pueda exceder en grandeza á un lord corregidor de la ciudad de Londres? Su magistratura tiene puntos de contacto con la magistratura del antiguo Dux de Venecia. Es el jefe de la más gran república de comerciantes conocida en el mundo. La fiesta de su instalación se puede comparar á los ruidosos triunfos de los emperadores romanos. Para entrar en sus dominios municipales, necesita la reina de Inglaterra pedirle permiso tres veces, llamar tres veces á su puerta. El carruaje del príncipe de Gales habrá de cederle el paso y darle preferencia. Es el rey de la ciudad, es el almirante de este puerto á donde llegan todos los navíos del mundo, es la primer magistratura de este barrio inmenso, donde se hallan los banqueros más ricos y más poderosos que todos los monarcas del continente reunidos. Pues miradlo que acababa entonces de sucederle, y decid luego que no se pueden imitar las libertades inglesas, porque las libertades inglesas son ordenadas, y desordenadas las libertades del Continente. El lord corregidor debía su elección á los liberales. Sin embargo, en un meeting celebrado dentro de Saint James-

Hall, se expresó en varios discursos de extraordinaria energía contra el proyecto relativo á la Iglesia de Irlanda. Nadie podía negarle su derecho á tener una opinión sobre los asuntos de su patria. Pero allí estaba llamado á presidir la reunión, y no á manifestar sus propias opiniones. Convocó para el veintidos de Junio otra reunión en Guildhall, como si dijéramos, la Casa de ayuntamiento; edificio extraño, muy parecido á las instituciones de aquel país, en que al lado de una ventana ó un muro gótico, hay una columna ó un pórtico griego. Los liberales se hallaban resentidos por su conducta en la última reunión; los reaccionarios decididos á manifestarle extraordinarias simpatías. El salón es capaz de seis ó siete mil personas. Los partidos se hallan muy divididos. Las injurias más groseras caen mutuamente sobre cada uno de los enemigos bandos. El ruido es infernal. Entra el lord corregidor, y los aplausos mezclados con los silbidos estallan formando la más ruidosa algazara imaginable. Para oír gritar es necesario ir á Inglaterra y escuchar esas fraguas titánicas de los pulmones ingleses. Siete mil cíclopes no aturdirían como la gritería de estos hombres acostumbrados á hablar entre el ruido de las olas y el ruido de las máquinas. El lord corregidor se empeña, desde la plataforma presidencial, en acalorada discusión con un alderman del partido liberal. Nadie sabe qué quieren ni qué dicen. La discusión toma el giro de disputa; la disputa degenera en riña. El lord recibe golpes, empujones, puñetazos en el pecho, entre las ráfagas de un huracán de imprecaciones infinitas. Mientras tanto, en el patio, á las puertas de aquel mismo salón, donde la aristocracia mercantil de la ciudad no había podido entenderse, un gran número de trabajadores que no llegaron á penetrar en el salón, celebraban su meeting, censuraban soberanamente al gobierno de Disraeli y á la reina que lo sostenía, condenaban la conducta del lord corregidor y de los diversos miembros de

aquella reunión tempestuosa, decidían que la abolición de la Iglesia protestante en un país católico era una prenda de unión segura entre Inglaterra é Irlanda, y conjuraban á los lores, á ese gran Senado de patricios, á dar su asentimiento al bill de Gladstone, proponiendo la suspensión de todo nombramiento y de toda dignidad oficial en la Iglesia irlandesa; y de esta suerte demostraban que el pueblo inglés ha perdido su fanatismo antiguo y llegado á la madurez de su juicio, siendo por tanto digno ya de ver convertidos los antiguos privilegios de algunos en los derechos de todos.

Leed los juicios y escuchad la sentencia de la opinión. ¿Creeis que hay un sólo inglés capaz de pensar en la necesidad de abolir los meetings? No. La prensa toda censuraba la reunión de Guildhall; pero la censuraba, porque no tuvieron ni liberales ni reaccionarios mútuo respeto á sus diversas y encontradas opiniones. Pero así como nadie pide que el ferrocarril se suprima para evitar los choques nadie pedía que los meetings se suprimieran para evitar sus excesos. ¿Son así las naciones continentales? En seguida que se abusa de la libertad, en vez de corregir sus abusos, suprimimos la libertad. Para curar el corazón enfermo, lo arrancamos de nuestro pecho.

Admirable transformación la de Inglaterra. Los vientos de las ideas pasan sobre su profundo espíritu, y lo agitan, y lo renuevan con un oleaje infinito. En aquellos momentos estaba en uno de esos períodos de crisis, de los cuales sale más fuerte como el cuerpo de un ejercicio de gimnasia, como el alma de un ejercicio del razonamiento. La aristocracia protestante se defenderá en sus privilegios re-

ligiosos contra este formidable ataque de la igualdad y de la justicia. Pero se doblará sabiendo que así como en el Universo las viejas generaciones ceden su puesto á las nuevas, ceden en la sociedad su puesto las viejas á las nuevas ideas; que todo se rige por leyes análogas en la grande química de la vida. El Estado inglés dejará caer su vieja iglesia, intolerante, atrasada, oligárquica, fortaleciéndose cada día más en la libertad, una para todos los hombres, y en la justicia, una sobre todos los continentes, y que por lo mismo reconoce á todos los hombres y en todos los continentes el derecho absoluto de la conciencia individual para dirigirse al Dios de la fé. Las ideas nacen como una ligera semilla en la conciencia individual; pero luego se extienden, se propagan, atravesando todos los obstáculos, venciendo todas las resistencias. Y el secreto de la política está en abrirles al través de las instituciones un respiradero para que en vez de hacer estallar en mil pedazos la sociedad que las contiene, la alimenten, y la impulsen á cumplir sus destinos. En la Gran Bretaña todo el mundo piensa, cree, habla, escribe, enseña, se asocia, según las inspiraciones de la propia conciencia. Y por eso en la Gran Bretaña vemos el espectáculo más maravilloso que puede presentar una sociedad; las ideas más radicales subiendo á las Cámaras británicas como la sávia nueva á la copa de un árbol viejo; las clases más humildes compartiendo el derecho al voto con las antiguas clases privilegiadas y acercándose cada día más al sufragio universal; la Iglesia más rica perdiendo su poder feudal y su intolerancia anti-humanitaria; el privilegio hundiéndose á los repetidos triunfos del derecho, en fin una revolución pacífica.